

EL LATIN PATRISTICO Y LA CIENCIA FILOSOFICA DE SU TIEMPO *

J. CAMPOS

El pensamiento cristiano, que en sus orígenes se expresó en griego, pasó a Occidente, a Roma y Africa, también en lengua griega. Ciertas instituciones y elementos sagrados primarios del Cristianismo se transmitieron con sus nombres originarios griegos, que quedaron invariables y connaturalizados para siempre en toda cultura cristiana.

Pero cuando se trata de expresar en todo su valor la raíz y germen de un nuevo modo de pensar y de sentir, y por tanto, de vivir, entonces no satisfacen las formas exóticas, los préstamos de inmigración, que no han nacido con las vivencias originadas por la transformación doctrinal y vital del Credo cristiano. Y en esto se echa de ver la compenetración tan íntima, como de unión casi substancial, que hay entre espíritu y lengua, entre significado y significante.

De ahí que la lengua de Occidente, el latín del siglo II, por efecto de la novedad de muchas ideas religiosas de la revelación precristiana y cristiana, tuvo que crear en la lengua de los cristianos vocablos y sentidos, que no circulaban en el lenguaje común. Las versiones latinas de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, son los primeros testimonios de ellos.

Pero aún hay que añadir otro factor muy influyente y determinante en esta creación lingüística. Desde el siglo III, sobre todo, la necesidad de la exégesis y comentarios bíblicos, y la reflexión filosófico-teológica para interpretar y explicar los datos y enseñanzas de la revelación, impuso una

* Este trabajo se presentó como Comunicación en la X Semana Española de Filosofía, celebrada en Madrid del 13 al 17 abril 1971.

producción creciente de neologismos y neosemantismos. Si la especulación teológica de Occidente es deudora en mucho a la penetración y sutileza de la teología oriental, no lo es tanto, y presenta caracteres propios suyos y propios del genio romano, en cuanto a su formulación latina. Los núcleos de las ideas ontológicas del ser, de sus distintas manifestaciones, de sus interrelaciones intrínsecas, para adecuarlas a las verdades reveladas y a las leyes lógicas del pensar, encontraron ajustadas formas en la lengua de los escritores y Padres de Occidente. Estos, siguiendo unas veces el modelo de los términos griegos, creando otros neologismos, innovando otros sentidos y valores de vocablos ya existentes, configuraron y precisaron una terminología de excepcional exactitud, para el pensamiento doctrinal, que siglos más tarde ampliarían y perfeccionarían los teólogos y pensadores medievales.

Desde principios del siglo III con Tertuliano hasta fines del VI con San Gregorio Magno, se va formando y engrosando esa tradición lingüística del latín patristico, que aflora no sólo en la zona dogmática y doctrinal, sino en la litúrgica, en la canónica, en la filosófica y en la mística. Pero es máximamente en los siglos IV y V, cuando las agitadas controversias que se levantan como tormentas borrascosas, generalmente en Oriente, conmueven los entendimientos habituados a filosofías y sistemas doctrinales extracristianos, y provocan sutiles, pero rectas y ortodoxas aclaraciones y precisiones, que forzosa y lógicamente debían reflejarse y recogerse en las formulaciones y términos de expresión. Y ha de tenerse en cuenta, que es el vocabulario, mucho más que la sintaxis y la gramática, el que sella y fija los límites de extensión y comprensión de los conceptos determinantes de un pensamiento.

Muchos de los escritores y Padres cristianos, que habían tenido una formación retórica y filosófica profanas y las habían profesado en pública cátedra de los Centros intelectuales de Occidente, en Roma, Milán, Cartago, León, Burdeos, aplicaron su filosofía y lengua a la exposición y explicación de la doctrina revelada. Y, si en la filosofía natural y racional hay profundidades abismales, en las que se pierde y oscurece el entendimiento, y yerra frecuentemente, qué dificultades no encontrarían al esforzarse por subir a las alturas suprarracionales de los misterios, cuya existencia ha tenido que revelar Dios mismo, para saber algo de ellos, y al intentar transferirlos a una expresión y modos de lengua, que se ajustaran en lo posible a la verdad del misterio, en su manifestación o en su contenido, y a la capacidad limitada de la comprensión humana, aún iluminada por las luces de la revelación.

Esos autores cristianos tuvieron por ello que valerse de los elementos conceptuales y de los términos de los sistemas filosóficos más metafísicos

que conocían, y con eso creyeron prestar un buen servicio a la verdad cristiana, para exponer e interpretar el sentido de los datos revelados, y desarrollar recta y explícitamente las conclusiones y relaciones en ellos contenidas. A la vez se vieron en el trance de rebatir con la argumentación escripturística y de la doctrina tradicional los errores especulativos de raciocinio antilógico y de aplicación disolvente, que demolían la esencia y cohesión de dogmas revelados y enseñados.

Y no se pierda de vista, dentro de un orden histórico, en cuanto a sucesión de causas y efectos, que es particularmente en el siglo IV, época de situación excepcionalmente crítica y decisoria en la Iglesia y en la sociedad cristiana de Oriente y Occidente, cuando se incorporan y entran en aquélla espíritus selectos del mundo intelectual, que estaban imbuidos en las filosofías racionalistas y místicas a la sazón imperantes. En un sabio de éstos, en una de las figuras de la retórica y filosofía de mediados de ese siglo, signo representativo y consagrado de la ciencia de su época, vamos a fijarnos en este estudio, por ser además uno de los escritores cristianos más innovador y original en la creación de términos latinos filosóficos. Se trata de Marius Victorinus Afer.

Este celeberrimo escritor cristiano, africano del Africa proconsular, como su precedente Tertuliano, fue un converso al Cristianismo y un converso en edad avanzada, *et in extrema senectute Christi se tradens fidei...*, al decir de San Jerónimo (Vir. ill. 101), y en un momento de profunda y peligrosa crisis del mundo cristiano, hacia el 350, cuando se recrudece la controversia y la lucha del Arrianismo, al socaire y favor del emperador Constante, dominado por los obispos arrianos, Valente de Mursa y Ursacio de Singidunum. Todo el calor que Mario Victorino había puesto al servicio del paganismo y de los misterios egipcios, en que estaba iniciado, apoyado en sus cualidades de orador y de filósofo, para atacar y ridiculizar la Verdad cristiana, lo aplicó ahora a la defensa de ésta. De ahí que escriba su principal obra *Aduersus Arium* en cuatro libros, con el fuego de un apóstol, con la lógica de un dialéctico y con la profundidad de un metafísico.

Y esto era, efectivamente, este fervescente africano, como lo insinúa san Jerónimo en la breve biografía que le dedica, cuando dice de él, que escribió « contra Arrio unos libros *more dialectico* ». Marius Victorinus es un dialéctico y un metafísico.

Los conversos intelectuales tienen sus hábitos mentales que ordenan su reflexión en cuanto a principios y categorías lógicas y conceptuales, y difícilmente los desarraigan del todo en su transformación espiritual. Dialéctico, para el monje de Belén, se opone a escripturario y a retórico, como género literario. No es que M. Victorinus no emplee, ni arguya con pruebas y textos de la Sagrada Escritura, pero su obra polémica, ésta con-

tra Arrio, da la impresión de que trenza la exposición y argumentación con la terminología y tecnología metafísica de Aristóteles y neoplatónica, más que con las pruebas bíblicas, que, con todo, no son escasas a lo largo de la obra.

Completa San Jerónimo ese juicio y quasi reproche que hace de nuestro filósofo, añadiendo que sus libros «son muy oscuros, y no son comprendidos más que por los eruditos». Parece significar con esa frase, que no está escrita la obra con una ordenación de los razonamientos según las reglas de la retórica. Para un cristiano occidental del siglo IV resultaba bastante incomprensible esta producción de nuestro filósofo por el modo como empleó la filosofía contemporánea para explicar el dogma. También otros escritores cristianos, como San Ambrosio y San Agustín, utilizaron doctrina y fragmentos de Plotino en sus escritos y sermones, pero no introducen su lengua esotérica, como lo hace Victorino. Este mismo es mucho más sobrio a este respecto en sus Comentarios a las epístolas de San Pablo, a los Gálatas, Efesios y Filipenses; y hasta en el libro II del «contra Arrio» y en el *De homoousio recipiendo* es más asequible y comprensible que en los demás libros.

Pero nuestro africano no vacila en acudir a la abstracción y a los neologismos que la expresan, creyéndolos inteligibles para el lector que conociera la filosofía neoplatónica, que tras ellos se oculta. Por eso no siempre los define, ni explica, sean transcripciones de los vocablos griegos, sean creaciones propias suyas. Cuando, por ejemplo, describe en el Adv. Arium 1, 57, 7 a 58, 14 la generación de la *Intelligentia*, hay que darse cuenta para comprenderle, que los términos *intelligentia* y *cognoscentia*, que usa, los aplica a una hipótesis o persona; quizá por esto no emplea el vocablo *persona*.

Y en esta creación lexicológica, que pasará en el siglo VI a Boecio y quedará como terminología recepta en los medievales posteriores, está la originalidad e importancia lingüístico-científica de este autor, tan influyente en el espíritu y concepción filosófica de San Agustín, que dice de él en su elogio: Que se convirtió a la Fe cristiana, *mirante Roma, gaudente Ecclesia* (Conf. 8, 2, 4).

* * *

La productividad de nuestro filósofo en cuanto a neologismos lexicológicos y semasiológicos no atañe solamente a los abstractos, que naturalmente, en la terminología filosófica y metafísica, son los más prolíferos, sino a otras categorías lógicas y gramaticales, como verbos y adverbios (Las citas que damos siguen la edición de Paul Henry-Pierre Hadot, *Sources Chrétiennes*, Paris, 1960).

adintellego: Adv Ar 1, 42: *In motu intellegentia quasi aliud adintellegit et non perfecte aliud*, «en el movimiento la inteligencia entiende a la vez que hay algo distinto, pero no del todo». El verbo *adintellego*, que emplea aquí Victorino es original y hápax suyo. Acaso transcriba el gr. προσνοέω de las Enneadas de Plotino 6, 6, 17.

alteritas: Adu. Ar 1, 23, 13; 1, 48, 25; 1, 48, 26 bis; 1, 49, 12; 1, 53, 2; 1, 54, 13; 1, 57, 20; 1, 59, 8.

Este término latino es la transcripción del gr. ἑτερότης, según lo encuentra Victorino en la doctrina de Porfirio, *Sent* 36 y 37, pero que ya existe desde Platón. El vocablo griego usado en la filosofía antigua, y luego su equivalente latino en la medieval, vino a indicar «lo que se opone a la unidad», y por eso fue sinónimo de «multiplicidad» (Plat. Parm. 146 D; 147 B-E; 148 ss.); o también significó lo que se opone a la identidad, y por ello como sinónimo de «diversidad» (Plat. Tim. 37A, B; 39A; 44A, B; Aristót. *Metaph* 14, 1, 6, 1087b). En el mismo sentido lo entiende Plotino, cuando dice que hay una alteridad en el νοῦς respecto al Uno. Después pasó a expresar en la filosofía moderna y contemporánea, toda la realidad que no se identifica con el sujeto. En el sistema y lenguaje existencialista designa frecuentemente el carácter de absoluta heterogeneidad del Ser o de la Transcendencia, respecto a toda realidad experimentable o pensable (Cf. JASPERS, *Philosophie*. Berlin 1948², pp. 296-687). Como ha tenido variedad de valores semánticos este término «alteridad», ha planteado múltiples problemas.

El vocablo latino entra en la latinidad con nuestro autor africano, con el valor de «estado de ser otro por un accidente inseparable». Con el mismo significado reaparece en Boet., *Com. a Porphir.* 2, 4, 1. Como principio de pluralidad en *De Trin* 1 (PL 64, 1249C) del mismo Boecio: *Principium enim pluralitatis, alteritas est; praeter alteritatem enim nec pluralitas quid sit intelligi potest*. Y en el *De institutione Arithmetica* 2, 28 del mismo, adopta el valor de «simple diferencia». En San Agustín, *Mus* 6, 7, 11 aparece con valor de «alteración».

apparentia: Adv Ar 1, 53, 18; 4, 25, 42.

En Victorino significa «aparición, manifestación». Pero el vocablo aparece ya en Tertul. con ese mismo valor en *Marc* 1, 19, 5; *Res* 23, 11 y en el *Ps. Aug.*, *Qu. test.* 16, 1. También en el *Ambrosiast.*, PL 17, 276A. Con acepción de «apariencia» en *Firm. Math.* 5, 8, y en *Aug.*, *ep* 147, 5.

beneolentia: Adu Ar. 1, 44, 40: *spiritus beneolentia*.

Es la transcripción de εὐωδία, «buen olor», que ya se encuentra en Jenofonte, *Conv* 2, 3, y en Plat. *Tim.* 65a. En la literatura latina, después de Victorino se ve en *Hier.*, *Did. spir.* 11; en *Vigil. Taps.*, *Cont. Eut.* 3, 12.

circumuitalis: Adv. Arr. 1, 30, 47: *munda tibi populum circumuitalem*. Poco antes ha explicado el autor este *circumuitalem* con esta frase: *populum περιούσιον, circa substantiam, hoc est, circa uitam consistentem populum*. El vocablo *circumuitalis* es hápax de nuestro autor, creado para transcribir el gr. citado, que entraba en alguna fórmula griega de la liturgia romana, quizá en alguna bendición de antes o después del canon (J. A. Jungmann, *Missarum Sollemnia*, Vienne, 1952³, I, p. 65). El sentido y valor que le da Victorino es muy particular, porque el término griego aparece en el N. T., Tit 2, 14 con valor de «*acceptabilis*», «grato a, elegido», de *peculiaris* en Ex. 19, 5; Deut 76; 14, 2; 26, 18. Es creación de los LXX, empleado después en el N. T.

cognoscentia: Ad Cand 1, 13 (Bibl); 7, 3; 18, 1; 32, 5; 32, 6; 32, 8; Adu. Arr. 1, 31, 36; 1, 49, 23; 1, 56, 29; 1, 57, 13; 1, 57, 14; 1, 57, 29; 1, 57, 31; 1, 58, 4; 1, 58, 5; 1, 58, 8; 1, 58, 24; 3, 8, 28; 3, 8, 31; 3, 8, 33; 3, 8, 38; 3, 8, 40; 3, 8, 50; 3, 9, 2; 4, 17, 15; 4, 21, 23; 4, 23, 37; 4, 23, 39; 4, 23, 40; 4, 24, 4; 4, 24, 5; 4, 24, 9; 4, 24, 12; 4, 24, 14; 4, 24, 17; 4, 24, 18; 4, 30, 30.

Es término privativo de nuestro filósofo, formado por analogía con *intellegentia*; quizá calcado sobre el gr. σὺγγνωσις de Clemente de Alejandría, que lo tiene en *Stromata* 1, 2 (PG. 8, 709A), con valor de *cognitio*. El primer pasaje de Victorino, Ad Cand 1, 13 es el texto de Rom. 11, 33, en el que usa *cognoscientiae* por *scientiae* de la Vulg., que transcribe γνῶσεως del gr. En los numerosos pasajes en que emplea el término el autor, es «la facultad activa de conocer lo cognoscible», que en Dios, dice 4, 24, 4-5, se identifican: *Idem ergo cognoscibile et cognoscentia, sed ita ut cognoscibile quod sit, hoc sit cognoscentia*.

conductor: Adu. Arr. 1, 28, 24: *Tacuisti et tu, et socii et discipuli, et conductores*. «Callaste tú, tus colegas, tus discípulos y los que siguen tu doctrina» (la del *homoiousios*), le dice a Basilio de Ancira. Después emplea el vocablo Aug., Conf. 1, 9, 15 con el sentido de «colega en la enseñanza».

consistentia: Adu. Ar 1, 49, 22: *solī autem sibi et discernibile et definitum, ipsa sua existentia, non actu, ut non quiddam alterum sit ab ipso consistentia et cognoscentia sui...*, «de modo que su constitución propia y el conocimiento que tiene de sí mismo no es una cosa distinta de él».

Este vocablo entra en la latinidad desde Mario Victorino, y es la transcripción del gr. σύντασις, propio del vocabulario estoico (Cf. Diog. Laert. 7, 85). Con otros sentidos más primarios, por ejemplo, como *coetus* ya aparece en Eurípides, *Androm.* 1088, y en autores posteriores profanos. En la literatura cristiana griega de los Padres orientales, como Gregorio Taumaturgo, por ejemplo, se emplea con distinto sentido del de nuestro autor.

Después de éste aparece el término latino en Rusticus, Conc. Sin. I, 4, CSEL. 67, pp. 112, 36, con el mismo valor de «sustancia, fondo en que consiste una cosa». Con el de «prueba, justificación de algo», en Concil. Calch, ad Leo M., ep 98, 4: PL 54, 962C.

consubstantialis: Adu Ar 2, 10-11 et passim; ep. Cand. 1, 6, 11 et passim.

Este vocablo latino es transcripción del ὁμοούσιος niceno. Victorino estudia y describe el valor del *homoousios* y de su traducción latina, en el Adu. Ar 2, 10, 1-11, 8. Y llega a esa interpretación lingüística y conceptual por doble camino: 1.º por el examen y reflexión sobre la fórmula misma de la profesión de fe nicena, confesada por todos, sobre el *lumen de lumine, Deum de deo* (2, 10, 1-2, 10, 20). 2.º Por el examen gramatical y filológico del término griego en sus elementos, aplicándolos al Logos, *qui erat in principio* (2, 10, 21-2, 11, 8). Estas ideas las recoge brevemente en el pequeño tratado *De homoousio recipiendo*, como en una revisión sumaria bibliográfica de sus obras anteriores más extensas. El vocablo *homoousios* es desconocido en la Biblia y en la literatura precristiana. Su origen se vislumbra en el siglo II con los gnósticos orientales, y luego lo emplean los Padres alejandrinos, Clemente, Orígenes y otros. El vocablo latino equivalente, *consubstantialis*, no es neologismo de Victorino, pues ya se encuentra en Tertuliano siglo y medio antes, en su Adu. Hermog. 44, 3, referido a Dios, como *consubstantialis suae (materiae) per aeternitatem*. Y se ve por este texto, que traduce el *homoousios* de su adversario, el gnóstico Hermógenes de Cartago, que lo predicaba de la consustancialidad de Dios con la materia eterna. Pero fue nuestro filósofo quien la difundió por Occidente, en sus obras y en las de su contrincante arriano Cándido, que quizá es una ficción literaria del mismo Victorino. Otros autores latinos contemporáneos traducían el *homoousios* por una *substantia*, como Phoebadio (De fide, 22: PL 20, 30A), Gregorio Ilib. (De fide 2: PL 20, 37b), Hilar. Pict. (Coll. ant. Par. A, 1, 2: ed. Feder CSEL 65, 44, 8; PL 10, 711b, 2; Ibid. Par B 10: ed. Feder, CSEL 65, 150, 11; PL 10, 654a 15), que al fin, es la traducción latina de la profesión de Fe de Nicea.

conuersibilis: Ad Cand 10, 5 *iuxta quod conuersibilem ὅλην habent et qualitates uersibiles*. Entra el vocablo en la literatura latina con el novelista africano Apuleyo significando «capaz de cambio, no inmutable». En el mismo siglo IV lo emplea Chalcidius en su Commentarius 308, con sentido de «madera o material no incambiable»: *conuersibilis materia*. En Aug. Music. 5, 4, 8; 5, 13, 27 *partitio conuersibilis*. Es doble de *conuertibilis*, que aparece desde Tert. Anim 21, 4.

conuersim: Adu. Ar 4, 2, 22: *hoc ipso quo sunt et uiuunt et intellegunt, conuersimque, quo uiuunt, quo intellegunt, hoc ipso etiam sunt*, donde se ve que equivale a «a la inversa». Es término postclásico, de filósofos y retóricos: Firm. Math, 2, 32; Capel. 5, 491. En el siglo VI Boet., Porph 2, 5, 24; Herm., pr 2, 13.

counitio: Adu Ar 1, 32, 9; 1, 50, 18; 1, 50, 21 bis; 1, 56, 26; 1, 57, 27. En 1, 32, 9 *et unum et solum unum, non counitione, sed simplicitate*. Es término privativo de M. Victorino. Y ya se ve por el texto aducido que es lo opuesto a *simplicitas*, es decir, agregación de partes, de elementos. Cf. *unitio*.

effulgentia: Ep. Cand. 1, 4, 2; 1, 4, 14; 1, 9, 15; Adu. Arr. 1, 27, 18; 1, 31, 41; 1, 43, 2; 1, 52, 34; 1, 57, 21; Adu Arr. 3, 1, 14; 2, 1, 36. Es la expresión del *lumen de lumine*, el Logos, «radiación y resplandor de Dios». Así en Adu. Arr. 1, 31, 41: *Non enim abscisa est effulgentia luminis, sed semper in lumine est, et ipse, lumen existens, operatur omnia, λόγος existens, a se se mouens, et quae semper mouetur copiam habens illud patris omnipotentem esse*.

El vocablo latino es transcripción de Victorino sobre el gr. ἐπαύγασμα, que empleaban los homeousianos, según testimonio de San Atanasio, De synod. 41, 6: ed. CSEL. Opitz, pp. 267, 16. El vocablo griego no es creación de los Padres orientales que lo emplean, como Orígenes, Dionisio Alejandrino, Clemente Alejandrino, Gregorio Niseno. Existe ya en la versión de los LXX, Sap. 7, 26 con valor de «brillo, esplendor de la luz eterna». Luego en la ep. ad Hebr. 1, 3: *splendor gloriae* dicho del Hijo de Dios. *Effulgentia*, en cambio, sí que es neologismo creado por nuestro autor africano, que conoce bien tanto la filosofía, como la lengua griega.

elucescentia: Adu. Arr, 1, 56, 28: *Si igitur aeterna uita filius, elucescentia est praeeternae uitae, ipsa autem uita cognoscentia, perfecta et aeterna uita...* Este término, tan poético a la par que filosófico, parece ser un hápax de Victorino, y un doble del anterior, *effulgentia*.

essentialitas: Adu. Arr. 3, 7, 12: *Id (esse) est existentia uel subsistentia uel, si altius, metu quodam, propter nota nomina conscendas dicasque uel existentialitatem uel substantialitatem uel essentialitatem id est, υπαρξότητα, οὐσιότητα, ὄντότητα*. Es pues, *essentialitas* una designación del Ser in se, que el mismo autor nos la presenta como una transcripción del gr. ὄντοτης, construida por derivación del adjetivo *essentialis*.

essentitas: Adu. Arr, 1, 49, 16; 1, 52, 37; 4, 5, 36; 4, 6, 5. Cf. Cand. 1, 1, 12. La primera cita de éstas suena así: *hoc enim unum... ante omnem*

igitur essentitatem, substantiam, substantiam et adhuc omnia quae potentiora. Aquí *essentitas* es «entidad», en el sentido de «potencia universal que da a los existentes el ser existentes». Teóricamente es un derivado abstracto de *essens*, como ὀντότης de ὄν. Pero *essens* no es histórico en la lengua.

existentialis: Adu. Arr. 3, 18, 14: *Filius uero, actus existentialis.* El vocablo, que es frecuente en Victorino, entra en la literatura latina filosófica con él, como transcripción del gr. ὑπαρκτός, término de la koiné filosófica del siglo II p. C.

existentialisitas: Ad Cand. 7, 5; Adu. Arr 1, 30, 21; 1, 49, 14; 3, 7, 11; 4, 5, 36; Cf. Cand. gent. diu., 1, 1, 13; 1, 2, 3; 1, 2, 15 bis; 1, 2, 17; 1, 2, 24; 1, 3, 4; 1, 3, 6. El pasaje 1, 30, 21 nos da alguna idea de lo que entiende nuestro autor por *existentialisitas*: *Et dant (sapientes et antiqui) differentiam existentiae et substantiae; existentiam quidem et existentialisitatem, praexistentem, subsistentiam sine accidentibus, puris et solis ipsis quae sunt in eo quod est solum esse, quod subsistent.* Es decir, definen los filósofos y los antiguos la existencia y existencialidad, como el fundamento preexistente (a la cosa misma), sin sus accidentes, de modo que no existen pura y solamente más que las solas realidades que son el ser puro, en cuanto están destinadas a subsistir. El vocablo abstracto está formado por analogía de otros abstractos, como *essentialitas*; pues el modelo griego, que sería ὑπαρκατότης, no existe, aunque sí el adjetivo ὑπαρκτός.

existentialiter: Adu. Arr 1, 50, 25; 1, 50, 26; 3, 14, 15. Como ha formado Victorino o su contricante arriano, Cándido, *existentialisitas*, lo mismo ha introducido el correspondiente adverbio, que se documenta solamente desde sus obras.

filietas: Ad Canod 30, 36; Adu Arr 1, 24, 3; 1, 27, 17; 1, 51, 9. Es la filiación o cualidad de hijo (del Verbo). Es calco del gr. υἰότης, neologismo cristiano creado por los Padres Alejandrinos del siglo III. La *filietas* aparece también en Hier., Did. Espir. 31 y posteriores, como Cassiod. Hist. 1, 14.

identitas: Adu 1, 48, 25; 1, 48, 27bis; 1, 52, 21; 1, 53, 2, 1, 54, 18. El texto de la primera y segunda citas dice: *Si igitur quae sunt, etiam differentia sint et altera, quadam tamen communione eadem sunt, et secum dun istum modum et eadem et altera sunt, et istud duobus modis, siue altera in identitate, siue eadem in alteritate. Sed si eadem in alteritate, magis in alteritatem uergunt, si autem altera in identitate, maxime identitas apparet.* La lógica neoplatónica, según la encuentra en las Sententiae 36 y 37 de Porfirio, que en último análisis se remonta al Timeo 36 c de Platón, le sirve

para explicar el concepto de identidad y alteridad. Para Victorino la *identitas* absoluta, según la totalidad de todas sus significaciones es la *ipseidad*, que no es de la que aquí se trata. La *identitas*, que él entiende para aplicarla al Padre y al Hijo, y al Hijo y Espíritu Santo, es la *identitas*, según ciertos caracteres comunes, es decir, la alteridad en la identidad, y la identidad en la alteridad. Para él el predominio de la identidad sobre la alteridad corresponde al homooúsios (cf. 1, 53, 1-2); el predominio en cambio de la alteridad sobre la identidad, es propia de los seres sensibles.

El término latino es transcripción del gr. ταυτότης, que lo emplea Aristot., Nic. 8, 12, 3; Metaph. 2, 1, 9. También los Padres Griegos, sobre todo Clemente de Alejandría, con varios valores y aspectos, pero siempre con sentido teológico. El vocablo latino entra en la literatura cristiana y doctrinal desde M. Victorino.

imaginalis: Adu. Arr. 1, 19, 6.7.14 Cf. ep. Cand 1, 6, 2. Victorino entiende *imaginalis*, como «aquello que forma una imagen ejemplar». Dios es *imaginalis*, y Cristo es la *imago imaginalis*. Pero distingue exactamente el concepto de *imago* aplicado a Cristo en el que es *imago substantialis*, del aplicado a las cosas sensibles, en 1, 19, 10 ss. El adjetivo *imaginalis* lo ha introducido Victorino o acaso el traductor latino del Adu. Haereses de San Ireneo, que en 5, 8, 3 le aplica el sentido de «figurativo, simbólico» (si este traductor latino es anterior a la mitad del siglo iv).

inexistentialiter: Adu. Arr. 1, 50, 25: *Istud igitur unum, existentialiter unum, sed non ut pater inexistentialiter unum*. Este adverbio hápax significa «no según el modo de la substancia». Puesto a crear vocablos filosóficos nuestro autor, introduce unos cuantos de sentido privativo mediante el prefijo *in-*. No se encuentran más que en sus obras.

inqualitas: Adu. Arr. 1, 49, 24: *Unum... sine figura, sine qualitate neque inqualitate, sine qualitate, quale, sine colore...* El término, hápax y raro en su misma estructura por aplicar el prefijo a un sustantivo, es la «no cualidad», más profundo en su negación que el *sine qualitate*, que le precede; por eso hay que interpretarlo en su contexto: «sin figura, sin cualidad, sin que haya que concebirlo como una cualidad», es decir, cualificado por la ausencia de cualidad. Este raro hápax ha podido ser sugerido por el gr. ἀποιος, bastante usado por los Padres Alejandrinos, sobre todo, por Clemente y Orígenes.

insubstantialis: Cand. 1, 8, 27bis; Ad Cand. 13, 9. No es más que una transcripción de ἀνοούσιος, que el mismo autor latino emplea en Adu. Arr. 2, 1, 24 ss.

inuersabilis: Adu. Arr. 1, 22, 47: *inuersabili et impassibili existente uniuersali* λόγῳ, «mientras el Logos universal, que es inmutable e impassible».

inuersibilis: Ad Cand 9, 22; 9, 26; cf. Cand. 1, 1, 7.8bis; 1, 3, 28; 1, 3, 31; 1, 5, 11. Este neologismo de Victorino es un doble de *inuersabilis*.

intellectibilis: Ad. Cand. 7, 13bis; Adu. Arr. 1, 24, 16; 1, 63, 3; 4, 2, 18; 4, 4, 13. El texto citado primeramente dice: *Ergo intellectibilia ea sunt quae uere sunt, intellectualia, quae sunt tantum*. «Por tanto, los realmente existentes son inteligibles, los existentes sin más, intelectuales». La distinción entre *intellectualis* e *intellectibilis* es la de νοερός y νοητός, que acaso se remonte a Jámblico.

intellectualis: Adu. Arr. 1, 32, 29; 1, 39, 11: *Filius autem, hoc est, λόγος, actiua potentia est, et quae faciat et quae uiuificet, et sit intellectualis*, «el Hijo, esto es, el Logos, es potencia operante, que crea, que da la vida, que da la inteligencia.» El término es privativo de Victorino, y formado como de *uita*, *uitalis* o de *sapientia*, *sapientialis*.

intellectualitas: Adu. Arr, 1, 50, 19: (Deus), *diuinitas, substantialitas, beatitudo, intellectualitas, uitalitas, optimitas et uniuersaliter omnimodis omnia, pure ingentum, κρόν, unalitas counitionis nulla counitione. Intellectualitas*, formado sobre el adjetivo *intellectualis*, es «la potencia, fuente de inteligencia». Es hápax de Victorino.

intellegentitas: Ad Cand. 7, 6: *Sunt quaedam eius quod sit, natura manifesta, sicuti sunt, quae uere sunt, et omnia supracaelestis, ut... existentia, uita, intellegentia, et adhuc superius, existentialitas, uitalitas, intellegentitas et supra ista omnia δν solum istud ipsum quod est unum et solum δν*. Aquí distingue Victorino entre *intellegentia* y *intellegentitas*; esta es idea superior a aquélla. No se ve clara la distinción entre estas dos tríadas y de éstas con respecto al Ser u δν, en Victorino. Quizá quiere decir, que los tres abstractos superiores expresan mejor y más perfectamente hipostasiadas las potencias o atributos del Ser o Existente, a juzgar por Adu. Arr, 3, 7-10. De todos modos el vocablo latino es otro hápax de Victorino, formado sobre el participio *intellegens*.

inuultuo: Ad. Cand. 7, 18; 8, 15: La primera cita trae este texto: *Excitatus enim in anima ó νοῦς intellectualem potentiam animae inlustrat et inluminata et inuultuat ac figurat et inascitur animae intellegentia et perfectio. Inuultuo* en grupo con *figuro* viene a valer, «dar una facies y forma». El verbo *inuultuo* denominativo de *uultus*, es neologismo de nuestro filósofo.

No es menos corto nuestro autor en crear compuestos nocionales con *omnis*, tanto adjetivos como sus correspondientes abstractos sustantivos.

El pasaje Adu. Arr. 4, 24, 24-27 los recoge todos: *uel omniexistencia uel uiuens uel omniuiuens uel ita uel uiuentia uel omniuentia uel intellegens atque cognoscens uel omniintellegens, omniscognoscens, uel omniintellegentia, omni cognoscencia, omnipotens...*, todos atributos de Dios, del Uno, del Unico. Cf. 4, 22, 20; 4, 23, 9. 10.

optimitas: Adu. Arr. 1, 50, 19: cf. *intellegentialitas* para este hápax de Victorino.

patricus: Ad Canad 17, 2; Adu. Arr. 1, 25, 19; 1, 26, 34; 1, 51, 24; 1, 51, 25; 1, 51, 43; 1, 52, 22; 1, 52, 27; 1, 52, 29.30; 1, 52, 45. 47; 1, 55, 17; 1, 57, 17; 1, 57, 27; 1, 57, 29; 1, 63, 26. Victorino aplica este adjetivo sobre todo a la *potentia*, «poder» de Dios, que es el Logos. El autor lo ha encontrado fácil en latín, porque es ya clásico en Griego el vocablo *πατριός*, y particularmente es término teológico de frecuentísimo uso en los Padres Griegos, alejandrinos, antioquenos y otros orientales, referido a Dios Padre. En latín no lo ha creado nuestro filósofo, pues ya existe en el *De Lingua Latina* de Varrón 8, 66 *patrico casu*, aplicado al genitivo, que es el padre de los demás casos oblicuos.

posterganea: Adu. Arr. 4, 8, 56; 4, 30, 7. Los dos textos son citas bíblicas del Ex. 33, 23, de la versión antigua Afra, porque este adjetivo *posterganeus* solamente se encuentra en otro escritor africano, Arnobio el antiguo, Adu. Nat. 4, 5, aplicado al *occusus*, *qui ab sole posterganeus habebatur*. En la Biblia es lo opuesto a *facies*, la espalda, que en la Vulgata es *posteriora*. El mismo Victorino en Adu. Arr. 1, 57, 25 varía la expresión con *Deus secundum dorsum uidetur*.

potenficata: Cand. 1, 1, 29; Adu. Arr. 1, 57, 27. «Elevada a su más alto poder». Es compuesto de entre los neologismos de nuestro autor, que no se encuentran en ningún otro escritor, construido con la libertad del filósofo, acostumbrado a echar mano de todos los recursos de la lengua para dar forma a las ideas más complejas.

potentialis: Adu. Arr. 1, 56, 17: *Ipse (Filius, el Logos) actio potentialis*, «El es el acto que conserva en sí toda la potencia». No se documenta el adjetivo en otros autores.

* * *

Uno de los tipos latinos de compuestos, muy conformes al genio de la lengua, de que más usa Victorino, es el de los compuestos del prefijo *prae-*, que le ofrece a maravilla un recurso lingüístico para aplicarlo a la Causa Primera y anteexistente a todos los existentes. Son los siguientes:

praecausa: Adu. Arr. 1, 3, 24; 1, 63, 33: *sicut pater et filius ipsius animae motionis et creator et praecausa et praeprincipium*. Cf. Cand. ep. 1, 11, 17.

No parece que el vocablo latino haya sido inspirado por un modelo griego de tal composición, que no se encuentra en los Padres griegos.

praecognoscentia: Adu. Arr. 4, 23, 28; 4, 23, 32. Este compuesto y otros que le siguen en el contexto quieren expresar la transcendencia por encima de toda forma de ser, de pensar, de vivir, de existir del supremo Principio: *Eodem modo praeexistencia, praeuiuentia, praecognoscentia, haec quae conficiuntur; ipse autem praeexistens, praeuiuens, praecognoscens, sed haec omnia, apparentibus secundis, et intellecta sunt et nominata. Postquam enim apparuit cognoscentia, et intellecta et appellata est praecognoscentia; eodem modo et praeexistencia et praeuiuentia.*

praexistencia: Adu: Arr, 1, 50, 2; 1, 51, 16; 4, 19, 12; 4, 23, 28; 4, 19, 32. Cf. *praecognoscentia*.

praexistentialis: Adu. Arr. 1, 33, 6: *Si autem aliud Deo esse, aliud deum esse praexistenciale est deo esse...* Otro neologismo de Victorino.

praetellectia: Adu. Arr. 1, 50, 1; 1, 51, 19; 4, 19, 15; 4, 26, 10. El primer texto citado escribe así: *Hic est deus, hic pater, praetellectia praexistens et praexistencia beatitudinem suam et immobili motione semel ipsum custodiens.*

praenoscentia: Adu. Arr. 1, 33, 12: *Et dicunt istud praenoscentia concipi quae ipsa per semet nihil est, sed conceptione quod praexistit suscipitur.* Aquí es «un conocimiento anterior al conocimiento», como la πρόγνωσις, tan conocida por los Padres griegos, especialmente por Orígenes.

praepincipalis: Adu. Arr. 1, 42, 27: *Isto modo et uita filius a patre, uita qui sit, accepit uitam esse, a praepincipali principium natum, uniuersale ab uniuersali.* Vale, pues, «anterior al principio».

praepincipium: Adu. Arr, 1, 33, 9; 1, 38; 1, 49, 28; 1, 63, 33; cf. Cand. 1, 11, 17. El primero de estos textos dice: *Potentia enim omnia praexistens et praepincipium et ante est quam uere δν.* «Dios es en potencia la preexistencia de todas las cosas, es el preprincipio, anterior a lo que es verdaderamente.» Cf. el προαρχή, el primer principio cósmico de Iren. Adu. haer. 1, 5, 3 (PG 7, 56A); ibid. 1, 5, 4 (PG 7, 565B); Hipp. contr. haer. 6, 38 (MG 16, 3255A).

praeuiuentia: Adu. Arr. 4, 23, 28; 4, 23, 33. Cf. *praecognoscentia*. La *praeuiuentia* es la vida preexistente en Dios, antes de aparecer. El término no aparece en la latinidad hasta Victorino, ni en ningún otro autor.

refulgentia: Cand. 1, 4, 9; 1, 4, 11: 1, 4, 15; 1, 9, 7; Adu Arr. 1, 27, 18; 1, 34, 33; 1, 34, 39; 1, 34, 41; 1, 47, 39. El pasaje 1, 34, 39 nos da el concepto de *refulgentia* en nuestro autor: *refulgentia luminis filius est... refulgentia enim splendor luminis, et ipsa in se lumen habet a patre, et in lumine est et foris, ergo et in patre filius*. El vocablo quizá sea, como *effulgentia*, una transcripción del gr. ἀπαύγασμα, que tiene la ep. Hebr. 1, 3, y la Vulg. traduce por *splendor gloriae*, y es adoptado tradicionalmente para expresar la relación del Hijo con el Padre: Cf. Atan. Contr. Ar., 1, 16: PG 26, 45C. El término latino ya lo tiene Apuleyo, Flor. 18, 7, aplicado al brillo de los artesonados: *lacunarium refulgentia*.

reuersim: Adu. Ar. 1, 27, 23: *quod est deus et pater, causa est λόγῳ ad id quod est ei esse, nec reuersim autem*. Significa este adverbio, «recíprocamente», y es hápax de Victorino.

reuiiscentia: Adu. Ar. 1, 58, 21: *in reuiiscentiam*, «a la resurrección». Es uso y caso único de Victorino.

simulamentum: Adu. Ar. 3, 1, 13: *non imagines, sed magis simulacra ac simulamenta dicenda*. El vocablo *simulamentum* parece ser de la literatura africana, pues ya se encuentra con el mismo sentido en Gel. 15, 22, 12: *deque astu eius commenticiisque simulamentis*.

subintellegentia: Ad Cand 5, 8; 5, 10. Es como «una ficción del espíritu», que no corresponde a un objeto, ni tiene por eso consistencia. Es la ὑπόνοια o imaginación. Es neologismo de Victorino.

substantialitas: Cand 1, 1, 12; 2, 1; 3, 5; Adu Ar 1, 50, 18; 1, 52, 27; 3, 6, 11; 3, 10, 22; 3, 18, 14; 3, 7, 11. En este último pasaje nos delata el autor la rareza del término: *Id est exsistentia uel subsistentia uel, si altius, metu quodam, propter nota nomina conscendas dicasque uel exsistentialem uel substantialitatem uel essentialitatem, id est ὑπαρκτότητα, οὐσιότητα, ὄντότητα*. Es, pues *substantialitas* «el poder de la sustancia». También lo emplea San Jerónimo en la traducción de Did., Spir. 15, pero en esto es posterior a Victorino, que parece ha introducido el vocablo latino.

superlatiuus: Adu Ar 1, 49, 31: *statu autem ineffabili superlatiua motio est*. «y por un reposo indecible es un movimiento en el más alto grado». Este adjetivo es creación de nuestro autor.

supralatio: Adu Ar 4, 23, 26: *non per priuationem, sed per supralationem*, «no por privación, sino por transcendencia». El término latino *supralatio* ya se ve en Cir. De or. 3, 203, *ueritatis supralatio*, «exageración de la verdad».

Trinitas: Adu. Ar. 1, 56, 19; 3, 8, 51; 3, 10, 22; 3, 18, 19; 4, 17, 8; 4, 33, 40. En todos estos pasajes, tiene el sentido teológico, ya iniciado por Tertuliano en el Adu. Praxean.

uirificata: Adu. Ar 1, 51, 26: *et ab ipso (a Patre) uirificata*, «y habiendo recibido la fuerza viril del Padre». Cf. Adu. Ar. 3, 7, 14: *uirificantur/uiuificentur*. Es neologismo de Victorino.

uitalitas: Ad. Cand. 7, 5; Adu. Ar. 1, 47, 30; 1, 50, 18; 3, 9, 6; 3, 12, 4; 5, 5, 37; 4, 6, 5; 4, 15, 11. En Ad Cand. 7, 5 es una de las tres hipóstasis o ideas superiores: *existentialitas*, *uitalitas*, *intellegentitas*. En Adu. Ar. 3, 9, 6 es «cualidad propia del Hijo en la Trinidad». El vocablo no es inovación de Victorino; ya lo emplea Plinio el Antiguo en 11, 182: *ceteris corruptis uitalitas in corde durat*, como «principio de vida».

uiuefacio: Adu. Ar. 1, 19, 20; 1, 26, 28; 1, 26, 29; 35; 36; 37; 1, 32, 66; 1, 51, 33; 1, 52, 36; 1, 58, 23; 3, 2, 32; 4, 11, 37. Es un doble de *uiuifico*, que también se ve en Ambrosiast., Col. 1, 19.

unalis: Adu. Ar. 1, 64, 2: *Sicuti diuinior trinitas unalis*; Ad Cand. 31, 3 *de unali trinitate*. *Unalis* expresa la cualidad de una de la Trinidad de personas. Es vocablo creado por Victorino.

unalitas: Adu. Ar. 1, 27, 12; 1, 50, 5; 1, 50, 32; 1, 63, 29; 2, 2, 46; 3, 8, 51. En 1, 50, 5 resalta esta cualidad de ser uno que connota este abstracto *Hic est deus, hic pater... tripotens in unalitate spiritus*. Es neologismo de nuestro autor, como su tema adjetival *unalis*.

unitio: Adu. Ar. 1, 33, 30; 1, 52, 8; 1, 61, 10; in Ephes 4, 5. El sentido y valor de este vocablo es el de «unión»: Adu. Ar. 1, 33, 30: *sed simul simplicitate coexistens et unitione, unum est*. El término latino, que usan autores posteriores a Victorino, puede haberlo introducido la traducción latina del Adu. Haer. de Ireneo, 2, 14, 8, donde lo emplea como traducción del nombre de un eón, Ἐνωσις (Cf. Iren. Adu haer 1, 1, 2).

* * *

No cabe duda que este autor africano, tan renombrado en su época, tan olvidado hoy, es un metafísico, y por serlo de lengua latina tuvo que decir y enseñar ese pensamiento en términos y formas que no existían en su lengua. Tuvo que crear lengua metafísica latina adecuada y ajustada a las ideas de su filosofía neoplatónica y de su fe cristiana. Y en él se confirma la compenetración tan íntima que se da entre espíritu y lengua, que hemos sugerido al principio. Y en ello reside el principal valor y mé.

rito de esa herencia latino-metafísica que logró para la ciencia de fines del Imperio, de los medievales y de los modernos, el sabio escritor africano.

Si bien para la especulación y análisis pueden considerarse por separado al pensador y al escritor, en la realidad viva y operante es inseparable la interrelación entre ambos elementos. Su concepción y actitud filosófica es la del sistema de Plotino, orientado en sentido cristiano, sin perder de vista la Sagrada Escritura, ni la doctrina católica; pero entreteje paralelamente la doble demostración, por argumentos filosóficos y por la autoridad de los textos bíblicos. Conoce y cita a Platón (Adu. Arr. 4, 5), ha consultado a Orígenes; toma de San Pablo sobre todo la idea de la gracia y de la justificación por la fe, pero es el Neoplatonismo en el que se inspira, en la forma más pura de las Enneadas de Plotino, de las que reproduce muchos fragmentos, para aplicarlos en sentido cristiano a la defensa de la Iglesia contra el Arrianismo, en los dogmas de la Trinidad y de Cristo. Su pensamiento es profundo al concebir y exponer las relaciones entre el Ser pre-existente y el Logos, entre el Logos y el Espíritu, y es el primer autor latino que ha expuesto sistemáticamente esas ideas metafísicas. Este filósofo cristiano admiró a sus contemporáneos por ser muy de su tiempo; pero fue quizá demasiado de su tiempo, es decir, fue tan lejos en su filosofía de la época, que tendió a hacer una filosofía del Cristianismo, adhiriéndose excesivamente a Plotino, a Porfirio y Jámblico, aunque proclama, es verdad, en el Coment. a la ep. a los Efesios (3, 18: PL 8, 1269) la prioridad de la Fe sobre la razón.

Cuando se calmaron las controversias sobre el Arrianismo, se produjo la reacción contra el exceso de Neoplatonismo en la Iglesia, y ésta eliminó parte de sus doctrinas, inconciliables con su doctrina.

La originalidad, pues, y la importancia de Victorino es la riqueza de su vocabulario. Son muchos, quizá centenares, los términos que aparecen desde él por primera vez en la literatura latina, creando una terminología muy precisa, muchas de cuyas expresiones tuvieron fortuna, como para pasar a las obras de Boecio, y de los escolásticos, y quedar consagradas en una nueva lengua filosófica del Occidente latino, la lengua de los lógicos, de los metafísicos y de los teólogos.

Pero además creo que aún tiene que ver con los filósofos actuales, como estímulo y paradigma en la formulación. Porque, después de leer a Marius Victorinus, si abro una obra de metafísica actual, por ejemplo, «Sobre la esencia» de Xavier Zubiri, no me disuenan ni al pensamiento, ni al oído, términos como los que en ésta encuentro, tan metafísicos, como los abstractos «quiddidad, respectividad, especificidad, transcendentalidad, primariedad, mismidad, fundamentalidad, subjetualidad, arrealidad, talidad»; y adjetivos de la familia latina en *-alis*, o en *-bilis*, como «coherencial,

exigencial, inesencial, factual, quiddificable, esenciable, talitativo, etc.».

Y una sugerencia, por último, que se desprende de la posición noble y espiritual del metafísico cristiano que hemos considerado. Si la filosofía actual quiere disipar las densas nieblas, la oscuridad, la inestabilidad y el profundo tormento en que se debate su conciencia, ha de construir sobre el valor de la metafísica y de la realidad de la transcendencia, según la orientación y las corrientes cristianas. Porque no puede olvidar el pensador, que a veces ha de rendir su entendimiento, para no desvariar, a luces y conocimientos suprarracionales, que orientan y ordenan la libertad de su inteligencia, que no es absoluta, ni totalmente independiente.